

# La propiedad y el liberalismo

Jesús Luis Castillo Vegas

Profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Valladolid.

**F**rancis Fukuyama es autor de *El fin de la historia y el último hombre* (1992). Defiende ahí el fin de la historia. No en el sentido de que haya un proceso lineal, unas leyes fijas, como el historicismo criticado por K. Popper. Admite incluso la posibilidad de una vuelta atrás, a la barbarie. El fin de la historia significa que se ha logrado el modelo hacia el que todos los pueblos tienden y que según este autor es el Estado liberal. Se apoya en Hegel y, según Fukuyama, la razón hegeliana se hace realidad en el Estado liberal. Sólo el Estado democrático liberal garantiza la libertad de todos, el universal deseo de reconocimiento. El Estado democrático liberal garantiza la convivencia más pacífica y civilizada entre amos y siervos, siendo esta división creada por todos los sistemas económicos. Para él la caída del comunismo es el argumento decisivo. La economía liberal de mercado será el modelo final, el último, al que todos los países tienden y que si se pierde de nuevo se recuperará. Este sistema económico no tiene por qué estar ligado necesariamente al Estado democrático liberal. De hecho ha habido capitalismo en Estados totalitarios. Pero Fukuyama relaciona ambos, el Estado democrático liberal y el sistema económico de mercado. El fin último, el modelo hacia el que tiende la historia incluye en su proyecto ambas exigencias. Sería el punto de referencia de todos los países que aún no lo han logrado.

Aunque es obvio que la caída del muro de Berlín supone un replanteamiento del comunismo, no está tan clara esta victoria del liberalismo.

Al menos la victoria en el plano de las ideas. En primer lugar es muy discutible que los hechos sirvan como argumentos filosóficos cuando su interpretación es harto compleja. Pero es que lo razonable es siempre comparar «mística con mística y política con política». Por otra parte no todo el mundo está de acuerdo en la consecuencia de que la caída del muro suponga que estemos abocados hacia la disolución completa de las ideologías. Ciertamente se han producido cambios y se han reducido aristas. Pero aunque con nuevas caras el conflicto pervive. La vieja polémica entre izquierdas y derechas se mantiene aunque sea sobre nuevas cuestiones. Se abandonan unas banderas pero se cogen otras. Es una dualidad que resulta funcional, que da agilidad a la vida política, que facilita el cambio. Los políticos de hoy día ya no se enfrentan sobre los derechos individuales pero lo hacen sobre los derechos sociales o lo harán sobre los derechos de la tercera generación o sobre el fundamento de los derechos humanos. Así por ejemplo se entiende de diferente manera la relación entre progreso y ecología, libertad e igualdad, propiedad y poder o entre seguridad jurídica y justicia. Las polémicas han cambiado pero no desaparecido. Ahí está la dialéctica reciente entre Habermas y Gadamer, entre Hart y Dworkin, entre Rawls y Nozick, o entre liberalismo y comunitarismo por no salirnos de nuestros temas.

En segundo lugar al capitalismo actual y a la doctrina neoliberal que le defiende se le hacen los mismos reproches que al liberalismo del siglo XIX,

esto es, se le acusa de justificar una total libertad en el ámbito económico que necesariamente lleva a la explotación del débil por el fuerte. Puede ser cierto que el proletariado de las actuales democracias occidentales no se identifica como tal sino que se siente como miembro de la clase media y es poco propenso a la agitación revolucionaria. Pero la historia de la propiedad nos pone de manifiesto que es una historia de luchas incesantes, de conflictos ideológicos y de guerras, de herejías y de revoluciones. Es una historia de debate permanente y, a menudo, sangriento. La historia de la propiedad no ha terminado. En la actualidad vivimos un nuevo episodio y es el que deriva del cambio de escenario. Hace tiempo que la lucha económica es una guerra civil. La globalización de la economía supone una lucha a nivel internacional. Es aquí donde se va a poder comprobar la capacidad del capitalismo de universalizar sus propuestas de crecimiento continuo de los beneficios y de consumismo desbocado.

Es desde una concepción personalista desde la que se puede hacer una crítica al sistema económico capitalista y a la concepción individualista de la propiedad en que se sostiene. ¿Qué garantías de pervivencia tiene este sistema de producción capitalista? Hay que decir que el capitalismo se basa en el aumento ilimitado de la producción para incrementar los beneficios, pero ¿se puede incrementar ilimitadamente la producción? Según M. Harris aunque los capitalistas no tengan las trabas de los déspotas tienen que enfrentarse con las limitaciones de la propia naturaleza. Para mantener esa carrera alocada de intensificación el capitalismo necesita un permanente cambio tecnológico, pero la tecnología puede no ser suficiente para detener el imparable deterioro de la producción. Un dato curioso y alarmante: «Como ha demostrado David Pimentel, de la Cornell University, hoy se emplean en Estados Unidos 2.790 calorías de energía para producir y ofrecer una lata de cereales que contiene 270 calorías. En la actualidad la producción de carne requiere déficits energéticos aún más prodigiosos: 22.000 calorías para producir 100 gramos (que contienen las mismas 270 calorías que la lata de cereales)». <sup>1</sup> Dicho de otro modo, el capitalismo no es universalizable, al menos el americano que se propone como modelo. Energías como el carbón y el petróleo son limitadas. Nuestra producción se apoya en estas energías acumuladas du-

rante siglos. Y tampoco se cuentan de forma adecuada los altos costos en degradación del agua, del aire, de la tierra, etc. Este desarrollo no es sostenible. <sup>2</sup> No sólo agota los recursos pasados sino que pone en cuestión la propia pervivencia del planeta. Estamos asistiendo a un progresivo envenenamiento de los mares, de los ríos, de los suelos, del aire, de los alimentos, de los animales y de los hombres. Es la intoxicación sin fronteras. Por supuesto que los países comunistas no han demostrado una mayor preocupación ecológica, al contrario en buena medida su desarrollo industrial se hizo a costa del sacrificio de la naturaleza, pero es que tampoco los neoliberales, como R. Nozick, <sup>3</sup> ponen entre las funciones de su Estado mínimo la protección de valores como la salud o el medio ambiente.

El capitalismo, que en su defensa del libre mercado no pone barreras a ninguna empresa, tampoco pone objeciones a la industria militar cuando es ésta la principal fuente de contaminación del planeta: química, bacteriológica y atómica. Para el personalismo los recursos, también los naturales, forman parte del patrimonio común de toda la humanidad. Eso supone un deber de cuidado y conservación pero también un adecuado reparto. Baste una cifra: «Como ha puesto de relieve el Cuarto Informe de las Naciones Unidas sobre Desarrollo Humano de 1993, la congelación de los gastos militares de los países desarrollados y el adecuado reparto de estos excedentes garantizarían el acceso al agua potable, los cuidados sanitarios y la educación para todos los habitantes del mundo en el año 2000». <sup>4</sup> Más recientemente el actual presidente de las Naciones Unidas reconocía que sería suficiente para solucionar esos problemas con el dinero que los países ricos se gastan en tabaco.

El neoliberalismo no se plantea como problema a resolver el desigual reparto de la riqueza. Lo considera, como dice Hayek, el precio a pagar para defender la libertad. Contra Hayek <sup>5</sup> y el neoliberalismo en general hay que decir que la desigualdad actual no es precisamente el resultado de un juego «cataláctico», de las fuerzas del mercado sino en buena medida resultado de una anterior intervención del Estado. Las más grandes fortunas son fruto de monopolios estatales luego privatizados. El mismo Estado al que se le niega la obligación de ayudar al pobre se le permite que controle casi todas las actividades eco-

nómicas y profesionales. Para fundar un banco, establecer una emisora de radio o televisión, una línea de autobuses, explotar una mina, pero también para poner un estanco, un kiosko, una farmacia, un taxi...necesitas el permiso, la licencia, la concesión administrativa. El Estado «liberal» no existe y no ha existido nunca. El Estado interviene en la economía desde siempre. La cuestión es ¿a favor de quién? El neoliberalismo se preocupa de la maximización de los beneficios pero no de su reparto, por lo que cuando ha inspirado las políticas concretas de los gobiernos la desigualdad se ha incrementado. «La economía ha crecido mucho más deprisa que la población. Y, sin embargo, la UE cuenta ahora con veinte millones de parados, cincuenta millones de pobres y cinco millones de personas sin techo. ¿Dónde ha ido a parar este plus de riqueza? En Estados Unidos, es de sobra sabido que el crecimiento económico sólo ha enriquecido al 10% más acomodado de la población. Este 10% se ha llevado el 96% del plus de riqueza».<sup>6</sup> Con las políticas neoliberales las rentas del capital crecen y los salarios reales bajan. El abismo se hace insondable. En la sociedad actual este desequilibrio tiene un aspecto nuevo y dramático. Los ricos, por primera vez en la historia, no necesitan de los pobres. No les necesitan para vivir mejor, ni para que les sirvan, ni para salvar sus almas, ni para producir más y por eso les despiden.

Una de las principales fuentes de ingresos de la política neoliberal es la que deriva de la supresión de los puestos de trabajo. Se produce más pero con menos trabajadores. En la sociedad actual asistimos a un fenómeno alarmante: el de la posibilidad de exportar los puestos de trabajo. Las grandes empresas pueden trasladar su producción, en breve plazo, a aquellos países donde los costes laborales son más bajos. En términos cuantitativos ese traslado es mínimo y generalmente supone un cambio de trabajo no cualificado —que se exporta— por trabajo cualificado que se crea en el país de origen de la multinacional. Pero el problema más grave es que esta posibilidad permite a las multinacionales chantajear a los gobiernos amenazándoles con llevarse el empleo. El crecimiento del desempleo, con ser graves las situaciones personales que genera, es más lesivo aún porque va acompañado de la retracción del Estado del bienestar: disminuye la regulación pública del contrato de trabajo, se fa-

cilita y se abarata el despido, se favorece la fusión de empresas que «ahorran» costes laborales o se financian con fondos públicos reconversiones de plantillas. En EE.UU. sólo el 25 por ciento de los parados reciben subsidio de desempleo y hay 37 millones de personas que están excluidas de cualquier sistema de seguridad social.<sup>7</sup> En España el crecimiento del paro de 1975 a 1995 ha sido espectacular y también ha ido acompañado de un estancamiento, cuando no reducción, del Estado de bienestar. Claro que un Estado de bienestar sin empleo no es propiamente tal sino a lo sumo un Estado asistencial.

Otro de los métodos de reducción de los costes es el de la precarización del empleo. Las empresas de trabajo temporal permiten disponer de trabajadores sin tener que asumir los riesgos propios de la actividad empresarial, lo que se traduce en una sustitución de trabajo de calidad por empleo precario. El empleo precario daña a los sindicatos (estos trabajadores a tiempo parcial, teletrabajo, trabajo en casa, etc., no se afilian) y daña a la Seguridad Social (a menudo son trabajos sumergidos que no cotizan). La fórmula del auto-empleo lejos de ser un reflejo de nuevos empresarios es otra manera de trasladar al trabajador los costes propios del empleador. Cuando sólo en la Unión Europea hay unos dieciocho millones de parados no se puede seguir pidiendo confianza en el mercado. «Lo que significa que si no estamos dispuestos a trabajar “a cualquier precio”, la institución del mercado tiene posibilidades finitas de integración».<sup>8</sup> Esas fórmulas de trabajo precario son un espejismo, un parche del neoliberalismo. Esos trabajos no dan para adquirir una vivienda o mantener una familia. Para el personalismo no basta con distribuir el trabajo. Habría que buscar fórmulas de participación también en el capital y el conocimiento.

El neoliberalismo ha cuestionado las bases del Estado social. Se pretende la sustitución de la organización de la Seguridad Social como mecanismo público de cobertura de las principales contingencias de los trabajadores por unas empresas privadas de fondos de pensiones. Los gobiernos que se inspiran en esta ideología endurecen las condiciones para recibir las pensiones, alargan el período de cotización, revisan los requisitos de la invalidez y desde el propio gobierno instan a los trabajadores para que organicen sistemas de planes de pensiones complementarios.

No cabe aceptar la pretensión del neoliberalismo de desmontar el Estado social. Lo que caracteriza al Estado social, entendido como contrapuesto al Estado liberal, no es sin más la intervención en la economía —también el Estado liberal lo hacía— sino que interviene para proteger derechos materiales de los menos favorecidos y no sólo para garantizar las reglas del juego económico. El Estado liberal había sustraído el ámbito económico al control político, mientras que el Estado social lo incluye en su regulación. Si el Estado liberal subordina la política a la economía y permite que sean los poderes económicos los que se beneficien de la «abstención», que no es tal, como prueban entre otros datos las guerras colonialistas, el Estado social supone un intento de garantizar unos mínimos niveles de bienestar a toda la población mediante un sistema impositivo de carácter progresivo. Importa precisar que se trata de una idea sólo parcialmente realizada. «El siglo XX es, por el contrario, el siglo del intento (a subrayar: sólo del intento) de apropiación (o de reapropiación) de lo económico por parte de lo político».<sup>9</sup> El Estado liberal cuya principal exigencia es no intervenir en la economía tiene entre sus pocos deberes los de proteger la propiedad privada y garantizar los contratos que sirven para su transmisión. El personalismo no pone en el incremento del aparato estatal sus esperanzas de mejora de la sociedad y reconoce los males de una burocratización ingente, pero tampoco puede aplaudir que se empiece por desmontar las instituciones que benefician a las clases más desfavorecidas (sistema de Seguridad Social o legislación laboral) y se potencien en cambio los mecanismos de control ideológico, como es el caso de las desmesuradas inversiones en televisiones públicas, autonómicas y similares.<sup>10</sup>

Si el capitalismo deja sin resolver los problemas señalados la organización política de los Estados liberales también ha demostrado una especial incapacidad por hacer progresar los organismos internacionales del tipo de Naciones Unidas, antes bien los ha sustituido por grupos elitistas de poder como el famoso Grupo de los Siete países más industrializados del mundo. «El tan cacareado “nuevo orden mundial” no apareció tras la autodestrucción comunista. Más bien lo que tenemos es un nuevo desorden mundial en el que los medios de comunicación han acer-



Jesús Castillo (izqda.) con Luis Enrique Hernández

cado a las naciones como nunca antes había sucedido y, sin embargo, éstas se hallan más claramente separadas por las diferencias culturales que en el pasado».<sup>11</sup> A complicar el panorama viene sin duda la posibilidad de conflictos entre las civilizaciones. La propia concepción liberal de la propiedad ¿no es el fruto de la civilización occidental? Samuel Huntington en *El choque de civilizaciones* (1993) plantea esta nueva fuente de conflictos que para nada avalan el fin de la historia. El nuevo problema de la emigración económica masiva nos plantea otra vez el viejo problema de la propiedad-nación de que hablaba Mounier. ¿Pueden seguir siendo los Estados-naciones ciudadelas inexpugnables? Cuando el mercado se ha vuelto internacional la propiedad sigue teniendo un carácter nacional. Aumentan las diferencias entre naciones pobres y ricas. Las multinacionales —de las que se dice eufemísticamente que carecen de nacionalidad— no resuelven sino que agravan el problema. Si tienen nacionalidad, y cuando hay problemas y reconversiones económicas empiezan siempre los recortes por los países de donde no son originarias. No tienen nacionalidad cuando trasladan la producción a países con bajos costos laborales, pero sí la tienen cuando dejan en los países ricos la investigación y la dirección financiera.

El neoliberalismo supone una concepción política limitada por cuanto deja fuera del ámbito de lo político las cuestiones económicas. Su gran objetivo es la no regulación de la actividad económica. La economía marcha por sí misma. La vieja tesis de la mano invisible. Pero eso no supone renunciar a la ayuda de los Estados nacio-

nales. Se les pide de manera permanente subvenciones, infraestructuras y ayudas. Las multinacionales, que son los gestores reales de esta política neoliberal, son los antípodas de organizaciones democráticas. Sus dirigentes no son libremente elegidos sino impuestos por los pequeños grupos que las controlan, no hay elecciones y sin embargo intervienen constantemente en el diálogo político frente al Gobierno. Pero no sólo piden el desmantelamiento del Estado social sino que le privan de su base al reducir, de múltiples maneras, su contribución impositiva. Las multinaciones diversifican sus domicilios. Producen donde ahorran más y tienen su domicilio fiscal donde tributan menos. Mientras los beneficios de las empresas crecen su contribución neta al Fisco disminuye. Es la progresividad impositiva al revés. Un nuevo caso del efecto Mateo. Habría que limitar la libertad de movimiento del capital, creando un impuesto internacional que podría servir para financiar los Organismos Internacionales. Eso frenaría las corrientes especulativas, crearía vínculos entre el capital y los lugares donde se halla invertido y que no tendría por qué ser tan alto que prohibiera de hecho la búsqueda de mayores rentabilidades. Pero el neoliberal está siempre pensando en lo mismo: en cómo incrementar su capital. Todavía no han podido explicar los economistas por qué el dinero es una excepción a la ley de la utilidad marginal decreciente.<sup>12</sup> Una vía de esperanza es la emprendida por autores como Vicenç Navarro quien señala que el neoliberalismo es una doctrina política que se asienta en una teoría económica falsa. Según él la equidad no está reñida con la eficiencia. La reducción del Estado de bienestar no mejora el crecimiento económico. «De ahí que la única alternativa, una vez mostrada la insuficiencia de las políticas hegemónicas, es desarrollar las políticas de estímulo de la demanda popular mediante políticas redistributivas que generen un consumo interno y estimulen la producción dentro del país. En contra de la tesis liberal de que hay que crecer para distribuir, la tesis más realista es que hay que redistribuir para crecer en beneficio de todos o al menos de las mayorías populares».<sup>13</sup> Tal vez estos argumentos dirigidos al bolsillo sean más escuchados.

Las tesis neoliberales son asimismo un peligro para el propio sistema democrático. Si se deja

que vote el mercado, o sea el dinero que es quien vota en el mercado, entonces no deciden los votos de los ciudadanos. Este conflicto entre Política y Economía ya estaba en el liberalismo anterior. En 1930 mostraba María Zambrano la contradicción interna del liberalismo. Contradicción entre sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad, y la realidad de la economía liberal: «Los postulados espirituales del liberalismo no pueden realizarse con la economía liberal».<sup>14</sup> El neoliberalismo recupera y acrecienta esa contradicción. No es posible seguir siendo ciudadano sin unos niveles mínimos de dignidad. La política neoliberal termina por socavar la credibilidad del propio sistema político.

## Notas

1. HARRIS, Marvin, *Caníbales y reyes: los orígenes de las culturas*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 256-257.
2. Véase José JUSTE RUIZ, "El nuevo orden internacional: El principio del desarrollo sostenible tras la conferencia de Río-92", en *Estudios en Homenaje al Profesor José María Rojo Sanz*, Valencia, 1995, vol. 2, pp. 651-666.
3. Véase Robert NOZICK, *Anarquía, State and Utopia*, Oxford, Basil Blackwell, 1974.
4. BALLESTEROS, Jesús, *Ecologismo personalista. Cuidar la naturaleza, cuidar al hombre*, Madrid, Tecnos, 1995, p. 47.
5. Véase de Friedrich A. HAYEK, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 1995; *Los fundamentos de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1991; *Derecho, legislación y libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1979.
6. BECK, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 21.
7. Véase Gilles LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 280.
8. MAESTRE, Agapito - MOLINA, Esteban, "Individualismo neoliberal y democracia", en GELLNER, Ernest - CANSINO, César (Edts.), *Liberalismo, fin de siglo (Homenaje a José G. Merquior)*, Almería, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería, 1998, pág. 205.
9. ZAGREBELSKY, Gustavo, *El derecho dúctil. Ley, derechos, justicia*, Valladolid, Trotta, 1997, p. 101.
10. Véase A. MARZAL (Ed.), *Crisis del estado de bienestar y derecho social*, Pamplona, Esade, Facultad de Derecho, 1997, pp. 75-104.
11. MACRIDIS, Roy C. - HULLIUNG, Markl., *Las ideologías políticas contemporáneas. Regímenes y movimientos*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 371.
12. Véase Albert O. HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península, 1999, p. 77.
13. NAVARRO, Vicenç, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 1998, p. 67.
14. ZAMBRANO, María, *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Ediciones Morata, 1996, p. 261.